



Ignacio Iriarte
Del Concilio de Trento al SIDA. Una historia del barroco
Buenos Aires: Prometeo Libros
2017
330 páginas

Las insistencias del Barroco: antagonismos, utopías y desengaños.

Rocío Fernández¹

Del Concilio de Trento al SIDA es un libro sobre una doble insistencia: la de aquellos lectores de diferentes épocas que, por una u otra razón, sienten la imperiosa necesidad de volver a los discursos de los siglos XVI y XVII, y la de los escritos del Barroco que, cada tanto, parecen retornar para darle sentido y/o resignificar los conflictos de

otros tiempos históricos. En este sentido, el ensayo de Ignacio Iriarte se nos ofrece como una historia de las lecturas y apropiaciones del Barroco que tiene en cuenta, por un lado, las cadenas de recepción que han ido construyendo diferentes interpretaciones del período, y, por otro lado, las íntimas, complejas y significativas correspondencias que dicho período mantiene con el presente de la lectura.

Entre la irreverencia y el anacronismo, el nombre del libro se presenta como una imagen tensa e incompleta; las dos puntas de un ovillo que, de a poco, y a medida que nos adentremos en la lectura, iremos uniendo.

¹ Profesora en Letras de la Universidad Nacional de Mar del Plata. Integrante del grupo de investigación "Latinoamérica: literatura y sociedad" dirigido por la Dr. Mónica Scarano. Mail de contacto: cartu.fernandez@hotmail.com

Lejos de mimetizarse con el objeto, la escritura de Iriarte, inmune al barroquismo, es clara y ordenada: si bien se resumen e interpretan un sinnúmero de textos, el abordaje no tiene como finalidad la simple glosa, sino que apunta a demostrar cómo dichos discursos formulan una determinada concepción del lenguaje, la política y lo religioso. Por otro lado, la elección teórica y metodológica del concepto de dominio por sobre el de época, le permite no sólo estructurar la obra sino también poner el foco en la construcción de ordenamientos discursivos más que en lo temporal.

En “Dominio religioso, dominio racional (1537-1793)”, el primer apartado del libro, Iriarte va desde el Concilio de Trento hasta la primera Constitución republicana francesa, para reflexionar y leer minuciosamente los discursos, tensiones y estructuras de pensamiento que configuran los períodos conocidos como Barroco e Ilustración. Si bien el autor se va a encargar de marcar las particularidades y las transformaciones que se producen entre ambos momentos, los reúne en una misma sección ya que tanto los siglos XVI y XVII como el XVIII construyen una fuente de legitimidad que es externa a la historia y que busca sostener el poder monárquico.

En el primer caso, el Barroco se erige como un movimiento conservador que intentará reestablecer un orden que comienza a peligrar con los embates del programa humanista, la reforma religiosa de Martín Lutero y las ideas políticas de Nicolás Maquiavelo. No obstante, lo que el autor advierte es que ese intento de restitución ya no puede ser total porque el mundo ha cambiado de una vez y para

siempre y se ha producido una fractura irreparable entre lo religioso y lo mundano. Iriarte lo explica a partir de las polémicas que se producen en torno a los escritos maquiavélicos que separan la práctica política de la religión y la moral: a pesar de que los autores de la Razón de Estado remarcan constantemente que la autoridad del soberano proviene de Dios, finalmente son conscientes de que el descubrimiento de la autonomía de la política revela que todo poder es contingente, y que, por ende, para gobernar y mantener el orden ya no basta con la legitimación religiosa.

Más allá de la claridad con la que se caracterizan las tensiones de la época, hay que recordar que el propósito del autor no es realizar un estudio exhaustivo del Barroco sino develar los mecanismos y dispositivos que se configuran en ese momento para construir, mantener y socavar el poder, y que continúan hasta la actualidad. En esta línea, y este es, sin dudas, el punto más novedoso e iluminador del ensayo, lo que efectivamente revela Iriarte, influenciado por las lecturas de Laclau y Mouffe, es que los postulados de Maquiavelo vinculados a la contingencia del poder dejan al descubierto que la sociedad no existe como un a priori y que lo único que hay son puros antagonismos; frente a esto los teóricos de la Razón de Estado y, por ende, el dominio barroco, instituyen la religión como una fantasía que intenta restituir el orden e inauguran, de esa manera, un movimiento moderno de articulación hegemónica.

Teniendo en cuenta esto, es posible leer todo lo que resta como una historia de las diferentes articulaciones que se han construido en diferentes momentos para

imponer un orden a los conflictos. De esta manera, los apartados que traten sobre las concepciones ilustradas de la política y la subjetividad apuntarán a mostrar cómo el desgastado discurso del dominio religioso es paulatinamente sustituido o desplazado por el de la razón universal. El avance del proceso de secularización y la configuración de la subjetividad cartesiana desembocarán en una reforma que es a la vez política y estética: desde las teorías sobre el origen del Estado y la delegación del poder absoluto en el rey para garantizar el bien común de Thomas Hobbes, o la delegación parcial y la división de poderes de John Locke, hasta el diseño de tratados y poéticas neoclásicos o las teorías sobre la subjetividad del juicio estético de David Hume. Sin embargo, esta creciente democratización será la que evidencie los límites y/o contradicciones del dominio racional; la ilustración puede proyectar reformas, pero no puede instaurar un nuevo orden social porque sus programas no sólo son impracticables, sino que, además, están hechos para una minoría. Lo único que les queda es transformarse en un movimiento dogmático que llena la realidad de reglas para el buen gobierno o el buen gusto o esperar la revolución de esos elementos que la razón no logró articular.

En este sentido, la Revolución Francesa de 1789 nos abre la puerta a la segunda parte del libro, la del “Dominio romántico (1798-1976)”; así como la Ilustración leía el Barroco como una herencia que había que ordenar y racionalizar, los románticos parecen mirar el siglo XVIII para no cometer los mismos

errores que sus antecesores.² Comprenden que el discurso ilustrado no logró articular las muchedumbres y que fue justamente eso lo que terminó de quebrar definitivamente el modelo político imperial. Buscan, entonces, en el concepto de nación al nuevo punto nodal que no sólo estructure las contradicciones y reorganice sobre bases nuevas la sociedad, sino que, además, permita apropiarse de los significantes populares.³ A su vez, esta operación es la que permite explicar la recuperación romántica del Barroco y la Edad Media en tanto

le confieren a la nación una fuerza cuasitrascendental. Esto se debe a que, por medio de esos períodos, los románticos le dan al pueblo una organicidad que se labra durante siglos y ponen en el centro el sistema de creencias y la monarquía. Pero la nación no es la reposición de la monarquía y el catolicismo, porque de ninguna manera la monarquía vuelve a ser absoluta ni el catolicismo vuelve a operar por encima del pensamiento político y el lenguaje. (...) Lo que sucede es que la nación, esa comunidad surgida de la historia,

² Iriarte afirma que las preocupaciones románticas se mantienen con vigencia hasta mediados del siglo XX y destaca que dicha extensión temporal se apoya en los aportes que Lowy y Sayre desarrollan en *Rebelión y melancolía* (2008).

³ En el caso europeo, la crisis de este dominio estará vinculado con las vanguardias, las guerras y el avance de los totalitarismos. A grandes rasgos, lo que señala Iriarte, a partir de la obra de Walter Benjamin, es que la vuelta al Barroco funciona como un dispositivo que evidencia que las fuentes de sentido se han retirado del mundo; en la antesala del holocausto ya no hay articulación posible y del barroco lo único que queda es una pura forma (que es la que retomarán los escritores de la generación del 27 para renovar la lengua literaria española).

absorbe la permanencia de la monarquía y la dimensión religiosa de la catolicidad. (99, 100)

En este punto, y antes de saltar de un continente a otro, me gustaría hacer referencia, aunque sea mínimamente, a los cambios que trajo aparejada la articulación de lo nacional para la literatura. Volvamos por un momento al pasado: en el Barroco, la literatura funciona como un discurso que sostiene y articula el imperio pero que, al mismo tiempo, evidencia la fractura entre lo mundano y lo religioso. Durante el período racional de la Ilustración, en cambio, se jerarquiza y se sistematiza la práctica literaria para transformarla en un discurso que acompañe las reformas estatales; no obstante, el dogmatismo de los tratados y las preceptivas sólo tendrá peso entre los letrados y la clase dirigente pero no podrá terminar de “reformular” el gusto del pueblo. Es esto último lo que efectivamente cambiará en el dominio romántico en tanto la literatura toma los elementos del pueblo para articular una sintaxis nacional. Pero eso no es todo: lo que Iriarte destaca, además, es que el retorno del fundamento religioso para articular la sociedad conducirá a la configuración moderna del absoluto literario, noción que renovará sustancialmente las concepciones del lenguaje, la poesía y el poeta.

A diferencia de lo que sucede en Europa, la entrada en el siglo XIX americano y la construcción de lo nacional aparecen a caballo entre el dominio racional y el romántico: por un lado, se mantienen los principales valores de la revolución ilustrada y se ordena la realidad a partir de conceptos como los de civilización y

barbarie, pero, por el otro, se diseña una simbología nacional que busca cortar y barrer con la herencia cultural española. Dicha operación estará en manos de una minoría que, en la mayoría de los casos, se encargará de la organización de los nuevos e incipientes estados y de la conformación también crucial de una expresión nacional. Esta construcción no será tanto una búsqueda en el pasado, al estilo de los románticos alemanes, sino una proyección abierta al futuro que, sin embargo, hacia finales del siglo, con la amenaza de la inmigración y el crecimiento de las clases medias será preciso clausurar. El afianzamiento del Estado, los cambios económicos, producto del desarrollo capitalista, y la consolidación de la burguesía abrirá un proceso de democratización que obligará a la clase dirigente a replegarse y crear nuevos mecanismos de articulación hegemónica. Es este cierre del sector dominante el que le permite a Iriarte vincular el Modernismo del Rubén Darío de *Prosas profanas*, con el Barroco: en ambos casos, la única manera que parece quedar para guarecer el absoluto es configurar una estética refinada para las minorías aristocráticas.

Salvo alguna que otra digresión, la última mitad del libro está dedicada al neobarroco cubano y al fenómeno origenista de la mano de tres grandes escritores: Alejo Carpentier, José Lezama Lima y Severo Sarduy. Los primeros dos estarán incluidos dentro de lo que Iriarte denomina como dominio romántico ya que continúan indagando acerca de lo originario y lo nacional como significantes de articulación hegemónica. En el caso de Carpentier, la

novela *Los pasos perdidos* (1953) reconceptualiza la noción del origen en tanto lo configura como una fuerza que recorre y define el continente americano pero que, sin embargo, sólo aparece como una proliferación de signos y máscaras que finalmente lo borran y/o encubren. Descubre, de esa manera, la ubicuidad y la imposibilidad de alcanzar el origen y resignifica el espacio americano en el que los tiempos se superponen y es posible acercarse al momento primigenio.

En cierto sentido, Lezama Lima continúa esta indagación de lo originario, pero lo hace estableciendo un movimiento plenamente barroco: en primer lugar, traslada lo originario al porvenir y lo instaaura, al mismo tiempo, como horizonte y punto de fuga; como dicho horizonte es imposible de alcanzar porque está siempre aplazado, sutura esa falla formulando una teleología del origen y lo nacional. Sin embargo, y a esta altura el lector ya no se sorprende, esta fantasía encontrará su realización y su límite en los hechos revolucionarios de 1959: si en un primer momento la Revolución Cubana parece traer ese tiempo utópico de la teleología, hacia la década del '70 y, sobre todo, después del conocido caso Padilla, Lezama no sólo descreerá, sino que ya no podrá suturar esa realidad desgarrada.

Es justamente ese desengaño el que da pie a la tercera y última parte del libro, la del "Dominio lacaniano (1949-1992)". La inversión del signo lingüístico que propone

Jacques Lacan permite retomar las estructuras románticas pero esta vez para vaciarlas. Los escritos y los devenires biográficos de Severo Sarduy y del argentino Néstor Perlongher le sirven al autor para darle una vuelta de tuerca más al asunto. Iriarte encuentra en ellos la clausura del barroco porque ambos se dan cuenta, influenciados por la escuela posestructuralista francesa, que, en el mundo contemporáneo, configurado como una sociedad de control, ya no hay lugar para las revoluciones. Esto los lleva a configurar una ética y una estética de resistencia, molecular en términos deleuzianos, emplazada en una subjetividad homosexual, marginal y disidente; en cierto sentido, en contraposición a los movimientos articulatorios anteriores, pareciera que la única utopía del neobarroco es la de poder escapar de las garras del capitalismo, ese ser monstruoso que captura y controla los deseos. Sin embargo, como repite una y otra vez Ignacio Iriarte, las utopías, tengan la forma que tengan, están siempre destinadas a caer. Hacia el final, enfermos de SIDA y al borde de la muerte, tanto las reflexiones críticas de Sarduy sobre el arte contemporáneo, como los ensayos antropológicos sobre la homosexualidad de Perlongher, descubren que el margen que ocupaban se ha cerrado y que, efectivamente, se han convertido en lo que no querían: agentes insospechados de la nueva hegemonía.